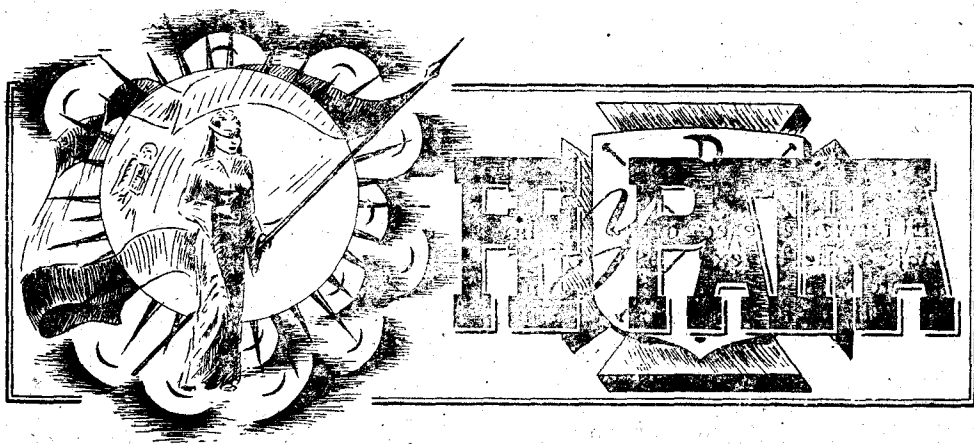




¡ALLELUYA!

¡Alegria! Sí, alegraos, ¡oh jóvenes! porque los cielos y la tierra toda se alegran y cantan sin cesar al que «resucitó según dijo».

Todo cuanto te rodea contribuye a que estés alegre, mira sino la naturaleza toda y no podrás reprimir esa emoción tan sublime y honda que causa la nueva vida, la resurrección, podríamos decir, de la naturaleza que quedó sepultada por el trimestral invierno.

Pero, alerta, que, desgraciadamente, la alegría se interpreta de muchas maneras; hay jóvenes que llaman alegría al vaho del vino en la cabeza; a la embriaguez; otros a la sala del café donde en medio de una atmósfera llena de miasmas gritan, con cascada voz mientras se juegan los ahorrillos; para un sinnúmero de «pollos» las juergas, «saraos» y la vida de crápula.

Pero no, esto no es alegría, esto es vicio y el vicio no hace más que atrofiar la conciencia y los buenos sentimientos; y aquellos que así no lo crean, lean el epitafio que sobre la tumba de un joven se lee en el cementerio de Bolonia: «O quam fragilis, nasce ruit voluptas». Aprende cuán frágil es la voluptuosidad, el placer.

La alegría verdadera brota sólo de una conciencia limpia y tranquila. Brota en aquellos jóvenes puros, que siempre tienen su corazón en la Suma Alegría, son vivarachos, vigorosos, con esa plenitud digna de la juventud casta. Su alegría está siempre demostrada en el canto que de sus labios brota, pero no «a media voz» como si estuvieran tísicos o dormidos en ese letargo de vidas materialistas, sino a pleno pulmón, al aire libre, mirando al cielo, fin donde aspiran a llegar y gozar la alegría que no fenece.

Y estos jóvenes son los que saben estar alegres, aún cuando el sacrificio y el deber pesa sobre sus hombros; cuando el dolor acongoja sus pechos, porque saben forjar una voluntad nada común y porque tienen a Cristo en el corazón, al Dios-Hombre que, resucitado, hace que toda su juventud viva en un continuo Alleluia.